

# Una fotografía al pasado

Seudónimo. Alek J. Hydell

Categoría cuento

El tintineo de la lluvia golpeando el alfeizar me había despertado media hora antes de que los pasos sigilosos y lentos de mi padre recorrieran el pasillo. Durante unos segundos se habían detenido junto a la puerta de la habitación, y posiblemente, desde la pequeña abertura que dejaba se había regalado un momento para observar el relieve que su pequeño hijo dejaba bajo las mantas, mientras yo, remoloneando, daba la espalda a la puerta mientras por un pequeño hueco que dejaban las mantas, mirando como las gotas de lluvia descendían torpes y zigzagueantes por el cristal de la ventana.

Sin embargo, cuando continuó su camino por el pasillo hasta la entrada de nuestro piso un miedo se movió por mi interior, una de esas sensaciones que nos dicen que algo no va del todo bien, y nos empuja a movernos más por instinto que por cordura. Me liberé de la prisión de mantas bajo la cual me protegía de las frías noches de febrero y salí al pasillo a hurtadillas, siguiendo sus pasos, hasta que al cabo de unos pocos metros le descubrí inclinado sobre el pequeño escritorio que en el recibidor de la entrada, servía como apoyo para un sinfín de imágenes enmarcadas que mi madre liberaba del polvo prácticamente a diario. Tan sigiloso como lo había sido al caminar por el pasillo, mi padre cogió uno de los marcos, extrajo la fotografía que anidaba tras el cristal y con lentitud, tras dedicarle una corta mirada, la introdujo en un sobre de papel ocre, bastante más grande que lo que esa foto hubiera precisado. Tras hacerlo, sin dejar un solo instante para la duda, metió el sobre con la foto en su pecho, entre la gabardina y la camisa, y salió del piso cerrando la puerta con suavidad, haciendo que el “clic” con el que la cerradura aferró la puerta al marco, se extinguiera devorado por la inmensidad del interior del piso y el oneroso silencio que aún mostraba.

Convencido de que el comportamiento de mi padre escondía algo que mis escasos siete años de edad no podían comprender, corrí por el pasillo hasta alcanzar la habitación de mis padres, desde cuyo balcón podía otear la salida del portal a la calle. Mi madre, con

la cabeza vuelta hacia la mesilla, miraba con los ojos inundados en lágrimas, un despertador, un pañuelo de tela y una flor marchita en un pequeño florero, que no merecían ni una pequeña parte de la atención que ella les estaba dedicando. Obviando el sonido entrecortado de sus sollozos, atravesé la habitación y salí al balcón dejando la puerta abierta y las cortinas batiéndose hacia el interior, como si fueran el pañuelo de un amante agitándose en mitad de una dolorosa despedida. Mi corta edad no me alcanzaba para entender que eso era precisamente lo que estaba sucediendo.

Durante la noche una lenta pero continua nevada de copos pequeños y espesos, había tendido un bello e immaculado manto blanco sobre la ciudad apenas despierta. Mirando hacia abajo descubrí a mi padre caminando lentamente sobre la nevada, dejando una estela de huellas, que poco a poco iban siendo nuevamente sepultadas por la nieve que continuaba cayendo. Enfiló la calle y caminó hasta el kiosco de doña Carmen, donde se detuvo un instante, el tiempo justo para con la mano en el pecho, sobre el mismo lugar en que le había visto guardar la fotografía, mirar hacia el balcón desde el cual yo le miraba marchar. Nuestras miradas se enfrentaron siquiera unos breves segundos, una eternidad en la que millones de palabras mudas trataban de explicar sin éxito el motivo de una despedida no anunciada, unas miradas sumidas en gritos sordos que no acertaban a encontrar respuesta para preguntas no formuladas, interrogantes que rodeaban un *“adiós”*.

Sonrió. Fue la sonrisa más triste que jamás nadie hubiera contemplado, y tras hacerlo, tras borrar de nuevo la débil curvatura que sus labios habían tomado a modo de despedida, giró sobre sus pies y desapareció al final de la calle, envuelto entre la nevada que poco a poco iba aumentando su intensidad, y en esa bruma intangible y onírica, que suele merodear en los límites del olvido.

Regresé al interior de mi hogar. Aunque afuera seguía nevando, las habitaciones, el pasillo, toda la casa seme antojaba mucho más gélida que el exterior. Mi madre se había sentado sobre la cama con la espalda apoyada sobre el cabecero. Fumaba con desgana un cigarrillo arrugado, probablemente una colilla encontrada entre los montes de cenizas que decoraban un viejo cenicero de cristal que mis padres dejaban sobre el suelo, junto a una de las mesillas.

Nos miramos de hito en hito, pero ni ella dijo una sola palabra, ni yo supe qué preguntarle, salí de la habitación y recorrí de nuevo el pasillo hasta el recibidor, me situé frente al escritorio donde había descubierto a mi padre inclinado, y recogí entre mis brazos el marco desnudo del que él había extraído la imagen. Era una fotografía mía que mi abue-

la materna me había regalado como obsequio de cumpleaños apenas unos meses atrás, un retrato de medio cuerpo en el que se me podía ver sonriendo sin demasiada alegría, dejando entrever los huecos que algunos de los dientes de leche dejaban tras su huida. Una pose forzada, pero a fin de cuentas el único retrato mío de toda la casa. El que mi padre hubiera vaciado de significado aquel marco sólo podía expresar una cosa, que incluso con tan tierna edad me resultaba tan clara como las huellas que había dejado sobre la mullida nieve, no pensaba regresar.

Había escuchado la amenaza de su huida en mil ocasiones, por detrás de unas paredes demasiado indiscretas que me mostraban el día a día de unos padres, cuyo amor se encaramaba a una cadena de reproches, desencuentros y discusiones, que solían finalizar con un portazo y el cántico de lágrimas con el que mi madre humedecía la almohada, mientras mi padre caminaba hasta mi habitación, para sentándose en el abismo de mi colchón, contarme historias de mi abuelo como si nada acabara de suceder, como si yo no hubiera podido escucharles, como si todos en aquella casa comprendiéramos en qué acabaría derivando una relación así, y necesitáramos una dosis de normalidad aderezada con una pizca de impostada indiferencia.

Mi abuelo había sido un viejo buhonero, que tirando de su carro junto a su mula, había recorrido los perdidos y encrespados pueblos que unían las provincias de La Rioja, Soria y Zaragoza, en tiempos en que el peregrinaje entre pueblo y pueblo significaba dormir al raso sin más techo que las estrellas, más compañía que la infatigable mula "*Dulcinea*", ni más fortuna que los innumerables trastos que sobre el carro, ofertaba de pueblo en pueblo, en ocasiones sin mayor recompensa que un jergón donde reposar sus huesos durante una noche, y una sopa de ajo, con la que calentar un estómago, poco acostumbrado a esos "*lujos*". Y aunque había llevado una vida llena de contratiempos, dura y penosa, cuando salían de boca de mi padre el sinfín de anécdotas vividas de pueblo en pueblo, la imagen que se dibujaba en mi mente del abuelo, era la de un aventurero sin más arraigo que el que pudiera sentir por los trastos que portaba sobre su carro, el cariño que sintiera por su vieja mula, y el recuerdo de la familia que le esperaba lejos de donde se movía, y a la que visitaba de ciento en viento, cuando había acumulado cierto número de monedas, o sentía sobre el pecho el vacío del abrazo no recibido.

Quise pensar entonces que mi padre, harto de una vida demasiado trivializada, aburrida y mecánica, había decidido tomar el camino del abuelo, y convertirse en uno de esos buhoneros, que ya iniciados los ochenta, espejeaban por las provincias más rurales del país. Probablemente supiera que si seguía en casa, que si continuaba habitando el mis-

mo colchón que mi madre, en alguna de sus desarboladas discusiones alguien diría algo que dolería demasiado, quién sabe, incluso puede que la sinrazón les venciera y la ofuscada mente de uno de los dos, en mitad de la vorágine de reproches reclamara sangre. Sin duda el nunca dictado acuerdo de su huida se había mostrado como el más sereno y sencillo de los movimientos a dar, para que una partida condenada al “*jaque mate*” se hubiera quedado en una inocuas, pero a la vez pacíficas “*tablas*”.

Lentamente regresé a la habitación de mis padres con el marco huérfano en la mano, un pesado lastre que hacía de mis pasos un deambular cansino, lento y dubitativo. Alcancé la cama donde mi madre seguía con la mirada perdida sobre las sábanas, arrugadas y tristes. Me senté a su lado y posé el marco sobre su regazo, ella lo miró y después me miró a mí, como si yo mismo hubiera huido de su interior y no comprendiera el modo en que lo había hecho. Ambos guardamos silencio, masticando el sollozo lento y profundo que continúa al abandono, no dijimos nada, no le pedí explicaciones, ella no sabía cómo debía dármelas, pero en aquel preciso instante, mientras las huellas de mi padre sobre la nieve eran ocultadas, mi retrato calentaba un pecho que abandonaba todo cuanto conocía y la imagen de un nuevo y triste buhonero se formaba en mi mente, comenzó el dolor, un dolor en forma de afilado punzón que me horadaba el lugar donde en un tiempo estuvo mi alma.

Jamás volví a saber de él, ni yo ni mi madre, aunque creo que para ella incluso supuso un alivio, al que ayudó su facilidad para no dejar que su cama se enfriara. Hasta que al cabo de un par de años un policía nacional al que había conocido en uno de los antros que ambos visitaban asiduamente, se hizo habitual en su cama, y por ende, en mi vida. Su presencia en casa no palió el abatimiento que me acompañó durante el resto de mi infancia, y el complicado inicio de mi adolescencia, donde la falta de referente paterno me convirtió en un joven complicado, que hizo de la rebeldía su bandera.

Incluso en esos años de búsqueda de una identidad, recordaba a mi padre perdiéndose bajo la nevada, protegiendo mi imagen en su pecho, alejándose. Le imaginaba convertido en un austero buhonero de barba sucia y espalda encorvada, yendo de pueblo en pueblo sobre una vieja carreta de la que tiraba un flaco burro, sin más banda sonora que el tintineo que todos los trastos que pendían de travesaños alzados sobre la carreta emitían, acompañando el irregular paso de una carreta cuyas ruedas distaban mucho de ser, tanto fiables como iguales entre ellas.

Hubiera sido sencillo odiarle, recriminarle a gritos sordos lanzados al vacío de su ausencia el que me hubiera abandonado, el que hubiese permitido que mi madre hubiera pa-

sado de abrazo en abrazo, de sudor en sudor, hasta que un energúmeno uniformado que jamás me dedicó un solo gesto cariñoso, quiso suplir lo que yo no necesitaba que se llenase. Había tantas cosas que escupirle a cara, tanto rencor acumulado, tanta infancia alimentada de recuerdos, que finalmente sólo podía añorarle en silencio, recordarle marchando bajo y sobre la nieve, dejando que el rencor se fuera arracimando sobre un corazón sobre el que se habían posado demasiadas lágrimas no derramadas, un corazón oxidado que se había limitado a latir por costumbre, simplemente porque sabía que debía hacerlo.

El complicado paso por la adolescencia ya en su recta final, hizo que toda mi frustración, que todo el rencor que seguía creciendo dentro de mí, comenzara a volcarse en la pintura, un *hobbie* que me permitió encontrar una forma de mantener lejos a los fantasmas, de volcar mis propias frustraciones sobre el lienzo. Conseguí, gracias a la pintura, liberarme lentamente del lastre de rencor que había hecho de mi desarrollo personal, un deambular lento y fatigoso.

Lo que empezó siendo un mero divertimento, una forma de escapar de mí mismo, comenzó a darme cierta notoriedad, primero en los círculos regionales, y más tarde, en el panorama artístico nacional. Decían de mis obras que cargaban con la tristeza del autor errante, y con la luz propia empero, de quienes ven en la pintura la más bella forma de expresión y logran alcanzar a quien desde el otro lado del lienzo, tratan de sumergirse en la historia que se esconde tras los tonos pastel rodeados de gris que solían acompañar mis cuadros.

Poco a poco la fama fue creciendo, y con ella una moderada fortuna, aunque no creció del mismo modo mi felicidad. A la ausencia paterna tuve que sumar la muerte de mi madre a manos de su amante. El codicioso policía que compartía con ella sudor y lecho, ansioso por pescar entre la fortuna que acumulaba el hijo de su amante, y ante la negativa de ésta por pedirme siquiera una parte de mi dinero, había decidido saciar sus ansias de fortuna a bofetón por moneda negada, a puñetazo por billete. Uno de ellos llevó a mi madre a la tumba, y a él a la penitenciaría de "San Román". El sepelio, tan frecuentado por ávidos de morbo, como por amigos y compañeros de galerías u otros artistas, se convirtió en un besamanos en el que no había hueco siquiera para el dolor, había llegado el momento en que únicamente era capaz de sentir cuando descargaba aquello que me invadiese a golpe de pincel.

Pasaron los años y, curiosamente, dos de mis obras más personales se vendieron por cifras desorbitadas en el mercado internacional por un mecenas, que las fue exhibiendo

de galería en galería, de país en país. Se trataba de dos obras sencillas, pero según decía la crítica, cargadas de simbolismo y un sinfín de sentimientos encontrados. Una de ellas mostraba desde lo alto, como un hombre envuelto en un grueso gabán se perdía en mitad de una nevada, caminando por una calle desértica que se extendía hacia un fondo de trazos grises, que prácticamente fundía a negro. La otra mostraba, también de espaldas y con un cierto grado de altura, como si se oteara, a un viejo buhonero que se encontraba en mitad de un camino, angosto y polvoriento. De los perfiles del carromato pendían cazuelas y toda suerte de aperos de labranza. El carro parecía estar detenido en mitad del camino, y mientras el buhonero no dejaba de dar la espalda, el enclenque pollino que tiraba del carro viraba la cabeza mirando hacia atrás, como si hubiera sentido nuestra presencia al otro lado del cuadro. Su gesto, con la cabeza ladeada y las orejas dobladas, mostraban un cansancio fuera de lo normal, o tal vez fuera la nostalgia reflejada en la mirada del buhonero que se negaba a dejarnos ver su faz, quién sabe.

Aquellos dos cuadros formaban parte de una misma colección. Siempre pensé que los dos cuadros eran uno solo en realidad. Incluso compartían un solo nombre, "*El extraño*". Sólo mi interior herido de pasado sabía qué se escondía detrás de ese nombre, qué se escondía en la mirada que el buhonero no deseaba que descubriese, qué se escondía por debajo del gabán que se perdía hacia el gris bajo la nevada. Sólo yo. Yo y mi rencor latente. El mismo rencor con el que se había alimentado toda mi obra, todo mi genio, todas y cada una de las pinceladas.

Hace tan sólo unas semanas, mientras asistía a un seminario sobre Rembrandt, recibí la llamada de la policía. Me instaban a identificar el cadáver de un vagabundo que había aparecido muerto bajo uno de los numerosos puentes que en la ciudad, eran habitados por mendigos y toxicómanos. Al parecer, según me dijo con voz queda el funcionario, podía tratarse de mi padre.

Acudí sin demasiadas prisas al tanatorio donde en una nevera sin más identificación que un número de siete cifras escrito en un adhesivo, y sobre una bandeja que extrajo sin ninguna delicadeza el encargado de la morgue, un cuerpo exánime descansaba debajo de una sábana. Exhibiendo la misma falta de delicadeza que para extraer la bandeja, el funcionario retiró la sábana y un rostro cerúleo, flaco y decrepito asomó por detrás de la tela raída.

A pesar de las décadas que hacía que no me enfrentaba al rostro de mi padre, no me costó apenas un par de segundos el reconocerle. Las mejillas huesudas, las orejas pegadas y pequeñas, su nariz chata y la barbilla partida a lo *Humphrey Bogart*. Todo un

cúmulo de facciones familiares dispersas por un rostro desconocido, el del buhonero de mis sueños, nacido del rencor hacia un padre cuya cobardía propició mi abandono.

Miré al responsable de la morgue que aún sujetaba el extremo de la sábana unos centímetros por encima del rostro de mi padre, y asentí con la cabeza. Él, continuando con su nula empatía y aún menor delicadeza, soltó de súbito la sábana que volvió a ocultar bajo la tela, todas las facciones que me habían resultado tan lejanamente familiares.

Tras informarme del procedimiento a seguir a partir de ese momento, y asumir todos los costes y demás trámites que continuaban a la identificación del cadáver, me entregó los objetos personales que portaba mi padre en el momento de su deceso, encontrando también un momento para detallarme como al parecer mi padre era uno de los muchos mendigos que nutrían un viejo polígono industrial, abandonado desde el inicio de la crisis, en la zona sur de la ciudad. Con la gastada mochila negra en la que mi padre guardaba todos sus más preciados bienes recogida bajo el brazo, salí del depósito y llamé a un taxi que me condujo entre el fluido tráfico hasta mi casa. Durante el trayecto descubrí buceando entre mis propios sentimientos que la noticia de mi padre no me había infligido un dolor especial, ni siquiera una sensación de abandono pues esa ya se produjo años atrás, simplemente podía describir lo que sentía como un vacío, un vacío absorbente y profundo que había sido capaz de devorarlo todo a su alrededor, incluyendo el rencor que había sentido por mi padre desde que le viera perderse bajo la nieve. En realidad aquel soñado buhonero al parecer no había salido de la ciudad en toda su vida, y había pasado de forma triste sus días, durmiendo al raso, mendigando, convertido en algo que yo hubiera podido solucionar con un golpe de chequera. La sensación era extraña, por primera vez en toda mi vida me sentía como si fuera yo el que le hubiera abandonado.

Ya en mi casa me tiré sobre el sofá frente al televisor inerte y vacié el contenido de la mochila del mendigo en que se había convertido mi padre sobre la mesa, y lo dispersé con las dos palmas de la mano sobre la superficie de la misma. La mayoría de los objetos eran los típicos de los que suele verse rodeado a uno de los muchos indigentes que pueblan los alrededores de los contenedores, o las zonas más insalubres de la ciudad. Mecheros gastados, ropa sucia, un reloj de cadena con el cristal de la esfera roto, un paquete de "Ducados" con apenas cinco cigarrillos doblados en su interior y un sinfín de objetos similares, salvo una pequeña carpeta pulcramente tapada por un raído trapo de cocina. Un objeto que al parecer, por el mimo con el que había sido tratado, poseía un valor especial para él. Despojé a la cubierta de las dos gomas que la cerraban y la

abrí con lentitud, como si temiera que al hacerlo todos los fantasmas del abandono fueran a sacar raudos sus garras para llevarme con ellos al vacío, donde tantos años parecía haber pasado mi padre.

Cuando el interior se reveló cientos de lágrimas se agolparon de súbito sobre el balcón de mi mirada, comenzando a deslizarse en forma de gruesas lágrimas por mis mejillas, cayendo con pausa, porque cuando uno llora de verdad, llora lento.

El contenido era una enorme sucesión de recortes de periódicos, en los que se recogían todos y cada uno de los reportajes publicados sobre mí y mi obra, desde las pequeñas publicaciones en periódicos locales de lo que fueron mis inicios, hasta las amplias entrevistas, críticas artísticas y demás reportajes, realizadas por prestigiosas revistas a nivel nacional, incluso internacional. No sabía cómo, pero mi padre, sumido en una vida de indigencia y sin apenas recursos, se las había apañado para coleccionar toda mi vida en forma de recortes de periódico, abarcando toda mi dilatada y exitosa trayectoria. Y sin embargo, sabiendo como sabía que el dinero no me faltaba y que era poco menos que una celebridad, no había aparecido, hatillo en hombro, para rogarme una ayuda, para pedir que le sacara del sub-mundo que le había absorbido, puede que desde el mismo instante en que sus huellas fueron sepultadas por la nieve que acompañó su huida, mi abandono, el suyo propio.

El último de los recortes no era tal. El papel que descansaba bajo todos los reportajes, las entrevistas, incluso alguna postal de mis obras, era en realidad algo que yo conocía bien aunque llevara décadas sin verlo. Se trataba del retrato que había dejado huérfano al marco de la entrada principal del que fuera nuestro hogar. Aún lo conservaba. Cuarteado, con los bordes ligeramente amarillentos, pero ahí estaba, ahí podía ver al niño con la mirada risueña, las mejillas encendidas y una sonrisa forzada. Un niño con el que me costaba reconocerme, probablemente porque a aquel niño le creía muerto desde el día en que la foto se separó del marco, hasta aquel momento. Era como si las lágrimas que descendían por mi rostro estuvieran llevándose al adulto en que me había convertido, y por debajo asomara el niño que había estado encerrado toda una vida, luchando por emerger desde el abandono, desde un rencor que ahora sólo era un recuerdo absurdo y ahogado en la realidad que me acababa de revelar aquella mimada carpeta, de cartón ocre y gomas azules. Puede que mi padre en realidad nunca me hubiera abandonado del todo.

Quién sabe, quizás el miedo hubiera sido demasiado poderoso. Quizás el temor a que una de las continuas discusiones con mi madre, y la posibilidad de que una de ellas

hubiese ido más allá hizo que decidiera alejarse de todo aquello que más amaba. El miedo a sí mismo le hizo alejarse de su mujer, de su propia vida, de mí.

No se había convertido en un viejo buhonero, como quizás tampoco lo fue su padre, ni siquiera había abandonado la ciudad. Se había limitado a pasar su vida soñando al raso con un hijo que triunfaba, y acumulaba gloria y dinero, mientras todo su horizonte no se extendía más allá del siguiente amanecer, ni sus aspiraciones alcanzaban mayor meta que lograr paliar un ápice, el hambre que sin duda le azotaba a diario. Podía haber aparecido de la nada para suplicarme ayuda, para pedirme que lo sacara de la miseria en la que vivía, pero no lo hizo, prefirió admirarme en la lejanía, enorgulleciéndose del hijo que quizás gracias a su abandono, había logrado convertirse en uno de los pintores más reputados del país.

Me levanté con el rostro empapado en lágrimas, y el recuerdo del rencor que había sentido por mi padre cayendo en el mismo vacío en el que él había vivido, en ese oscuro pozo desde el que mi padre me había admirado, y sin duda, amado. Caminé hasta mi estudio, aparté de un manotazo el cuadro que estaba pintando, compuesto por una sucesión de azules que se iban oscureciendo hasta formar sombras, esquivas y negras, y coloqué un nuevo lienzo en su lugar. Giré sobre mí mismo y alcancé una nueva paleta, una que tenía sin estrenar, y buscando entre los tubos de pintura que aún no había abierto, encontré unos cuantos que servirían para mi nueva obra. Los mezclé sobre la paleta consiguiendo una sucesión de tonos naranjas, que una vez aplicados a pinceladas largas y profundas sobre la tela en la parte superior, conseguían dotar de un fulgor especial al cuadro, como si el sol estuviera naciendo en mitad de un lienzo en blanco, que bien pudiera representar una antigua nevada. Un sol, un amanecer, un renacer, posiblemente de mí mismo. Una nueva mirada al pasado que llenaba de luz mi obra y mi corazón, como llenaban de vida y nostalgia el recuerdo de un padre perdido, cuyo calor comencé a sentir en la distancia, más cercano que nunca.